

**EN EL OCTAVO ANIVERSARIO DEL 26 DE JULIO*
(Fragmento)**

Raúl CASTRO

Hace ocho años, Cuba entera fue conmovida por una noticia que la prensa censurada y vendida, publicó tan sólo a medias y tergiversada: la noticia del asalto al cuartel Moncada, la fortaleza militar de la provincia oriental.

Lo que la mayoría de la gente supo entonces, aquel 26 de julio de 1953, fue que un grupo numeroso de jóvenes capitaneados por Fidel Castro, se había lanzado a una audaz operación militar para adueñarse del cuartel Moncada, que había habido fuerte lucha, que más de 80 jóvenes, una vez prisioneros, habían sido asesinados y que otros, en los días siguientes, habían sido apresados y encarcelados.

El 26 de julio de 1953 abrió una nueva fase en la historia de Cuba: la fase de la acción armada como método principal de lucha contra la tiranía batistiana y contra el dominio semicolonial extranjero sobre nuestro país.

Fidel, que en el juicio fue su propio defensor y acusador implacable de la tiranía y del régimen económico-social existente en Cuba, expuso en el discurso ante el tribunal, conocido con el nombre: *La historia me absolverá*, las razones que movieron aquel asalto heroico que se convirtió en sangrienta inmolación y los fines políticos que se proponía alcanzar y desarrollar.

Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres: era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la revolución.

No era un *putsch* que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas; era una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo, a fin de emprender con éste la acción revolucionaria armada.

No era una acción para quitar simplemente a Batista y sus cómplices del poder; era el inicio de una acción para transformar todo el régimen político y económico-social de Cuba y acabar con

* Publicado en la revista *Fundamentos*, No. 175, junio-julio de 1961, p. 5.

la opresión extranjera, con la miseria, con el desempleo, con la insalubridad y la incultura que pesaban sobre la patria y el pueblo.

El pueblo estaba descontento, pero esperaba algún cambio en las próximas elecciones generales para las que ya todos se estaban preparando.

En el campo de la oposición figuraba como mayoritario el Partido Ortodoxo con gran influencia en la pequeña burguesía, el Partido Socialista Popular, con bastante influencia en la masa obrero-campesina, y el PAU, creado por Batista, con gente de su calaña y sin ninguna posibilidad de éxito.

Los ortodoxos, muerto ya su fundador, Eduardo Chibás, rechazaban un pacto de unidad propuesto por el PSP, los que ofrecían apoyar la candidatura presidencial de los primeros; pero éstos mientras rehuían la unión con otras fuerzas políticas abrían sus puertas y ofrecían importantes cargos en su dirigencia a gran número de viejos politiqueros, latifundistas, banqueros, plattistas en su mayoría, etc. No obstante con esa admirable disciplina y espíritu de sacrificios, característicos de los comunistas cubanos, pensando sólo en lo que más convenía a Cuba en aquellos momentos, a pesar del rechazo ortodoxo y de las diarias advertencias de sus principales dirigentes de que no querían pacto con los comunistas, sobre todo para que los oyera bien el imperialismo y les diera el visto bueno inevitable para poder ser gobernantes en la Cuba de entonces, el Partido Socialista Popular decidió apoyar la candidatura presidencial ortodoxa y llevar su propia candidatura independiente para senadores y representantes con un programa de medidas de fondo, contra el imperialismo, el latifundismo, la discriminación, el desempleo, el asalto a los sindicatos y el mujalismo.

De esta forma ya era indudable que, siendo los ortodoxos el partido mayoritario de la oposición, contando además con el respaldo y la influencia del Partido Socialista Popular, les era fácil alcanzar el triunfo en las próximas elecciones generales.

Así estaban las cosas en Cuba, cuando el 10 de marzo de 1952, a 80 días de las elecciones se produce el golpe de estado, encabezado por Batista y auspiciado por el imperialismo, para reforzar el semi-colonialismo y prevenir un triunfo electoral ortodoxo, que si por su alta dirigencia no tenía nada que temer, por las masas que lo apoyaban y las demandas que éstas exigían con posterioridad al triunfo, y que no se conformarían con las formales libertades, sí tenían mucho que temer.

El gobierno se desmoronó como un merengue en cuestión de horas y el presidente Carlos Prío, huía cobardemente.

La indignación nacional fue general; las masas salían a la calle pero volvían desalentadas a sus respectivos hogares, poniéndose inmediatamente de manifiesto la incapacidad y las vacilaciones que

durante los siete largos años de la lucha contra Batista, mantendrían los dirigentes opositores que hasta unas horas antes, se mataban por subir a las tribunas y se cansaban de gritar al pueblo de que ellos eran los mejores y más capaces para dirigir el país.

Con el golpe de estado, al producir la crisis política del país, parejamente se producía una crisis mayor aún, por ser de carácter definitivo, en la dirigencia del Partido Ortodoxo, los alejados del poder, que tan cerca tuvieron en las manos, dieron rienda suelta a todas sus debilidades, ambiciones e incapacidades, con las excepciones que todos conocemos.

Por lo tanto, ni ese partido, ni las facciones innumerables en que se dividieron sus dirigentes oficiales podrían ofrecer un camino ni mucho menos un programa de lucha a la masa que estaba ansiosa de algo más que libertades a secas y que manifestaban antes del golpe de estado, ya que apetecía algo más que el microprograma de la honradez administrativa, que nada resolvería; una masa que empezó a comprender, que el reciente golpe reaccionario no era contra el gobierno que estaba en el poder sino contra ella misma y sus honradas aspiraciones. Y frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo, bajo actitudes "dignas", quejas inoperantes a la OEA, y consignas débiles, como no comprar zapatos ni ropas, no ir al cine, comprar lo menos posible, repudio moral, etcétera, etcétera, con las cuales no hubieran siquiera hecho temblar ni a un alcalde de barrio.

Lo peor de todo era que con su influencia y sus prédicas eran un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, entorpecían a la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo, sin el cual ningún dirigente burgués recibía el visto bueno de los yanquis para llegar al poder. Por tales motivos la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes opositores representaban.

Las consecuencias no se hacían esperar; habían transcurrido cinco meses desde el asalto de Batista al poder y se aproximaba el primer aniversario de la muerte de Chibás, a su tumba irían miles de ciudadanos más a rendirle honor a su persona y aprovechar la oportunidad para hacer una demostración contra la tiranía, que para oír las palabras vacías, como siempre, de sus oradores. En aquella oportunidad circuló entre la multitud un pequeño periódico de varias hojas mimeografiadas nombrado *El Acusador*, que dirigía Fidel conjuntamente con varios ortodoxos. En el mismo aparecía un artículo titulado "Recuento crítico del Partido Ortodoxo" y que, firmado por Fidel, expresando el sentimiento de las masas ortodoxas, en algunos de sus párrafos decía: "Por encima del tumulto de los cobardes, los mediocres y los pobres de espíritu, es necesario hacer un enjuicia-

miento breve, pero valiente y constructivo del movimiento ortodoxo, después de la caída de su líder Eduardo Chibás.

“Quien crea que hasta ahora se ha hecho bien, que nada tenemos que reprocharnos, ése será un hombre muy poco severo con su conciencia.

“En aquellas pugnas estériles que sobrevinieron a la muerte de Chibás, aquellas escandaleras colosales, por motivos que no eran precisamente ideológicos, sino de sabor puramente egoístas y personales, aún resuenan como martillazos amargos en nuestra conciencia.

“Aquel funestísimo procedimiento de ir a la tribuna pública a dilucidar bizantinas querellas eran síntomas graves de indisciplina e irresponsabilidad.

“Inesperadamente vino el 10 de marzo. Era de esperar que tan gravísimo acontecimiento arrancara de raíz en el partido las pequeñas rencillas y los personalismos estériles. ¿Acaso fue totalmente así?

“Con asombro e indignación de las masas del partido, las torpes querellas volvieron a relucir. La insensatez de los culpables no reparaba en que la puerta de la prensa era estrecha para atacar al régimen pero en cambio muy ancha para atacar a los propios ortodoxos. Los servicios prestados a Batista con semejante conducta no han sido pocos.

“Nadie se escandalizará de que tan necesario recuento se haga hoy, en que le ha tocado el turno a la gran masa que en silencio amargo ha sufrido estos extravíos y ningún momento más oportuno que el día de rendir cuenta a Chibás junto a su tumba.

“Esa masa inmensa del Partido Ortodoxo está puesta en pie, más decidida que nunca. Pregunta en estos momentos de sacrificio... ¿Dónde están los que aspiraban... los que querían ser los primeros en los puestos de HONOR DE LAS ASAMBLEAS Y LOS EJECUTIVOS, los que recorrían términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la tribuna y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor de la primera línea de combate...?”

“Quien tenga el concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreducible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de las líderes, PORQUE ESOS VACÍOS SON OCUPADOS BIEN PRONTO POR LOS HOMBRES ENTEROS QUE SALEN DE LAS FILAS.

“El momento es revolucionario y no político. La política es la consagración del oportunismo de los que tienen medios y recursos. La revolución abre paso al mérito verdadero, a los que tienen valor e ideal sincero, a los que exponen el pecho descubierto y toman en la mano el estandarte. A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria, joven y de origen popular, que salve a Cuba.”

Fidel expresaba en ese artículo la misma preocupación de las masas ortodoxas y se había decidido a publicar esas opiniones después de varios meses de tocar las puertas de aquellos políticos a los que Batista y el imperialismo, con su golpe de estado y las magníficas consecuencias que del mismo se han derivado en nuestros días, habían colocado una cruz con las clásicas siglas del E.P.D., sobre sus tumbas de hombres públicos. Siete años más tarde le tocaría el turno a Batista y el imperialismo que luchó por mantenerlo, a éstos en Cuba los enterró el pueblo con su revolución de enero.

La masa ortodoxa quedó como un ejército cuyos jefes se dieron a la desbandada para siempre, su juventud seguía participando de cuantos actos de calle se propiciaban contra la tiranía, mientras de sus filas humildes iban surgiendo nuevos líderes. Con la lucha se iba evolucionando políticamente, y así sucesivamente, mientras se combatía a la tiranía, se hacían círculos donde se estudiaba el marxismo, se imprimían folletos, hojas sueltas, pequeños periódicos mimeografiados, templándose para la lucha. Muchos ingresaban en la Juventud Socialista.

Pasan unos meses más y el 28 de enero de 1953, centenario del natalicio de José Martí, parte de la escalinata universitaria una imponente manifestación donde participan los obreros estudiantes, empleados y pueblo en general, y entre esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, marchaban en tan perfecta formación que llamaba poderosamente la atención. Al frente de ellos iba Fidel. Eran los jóvenes, en su mayoría del Partido Ortodoxo, que ya habían encontrado un jefe e iban en busca de nuevos caminos de lucha.

Los estudiantes, cada vez que tenían oportunidad, salían a las calles en manifestaciones y encuentros con la policía. Pero a pesar de su creciente combatividad, no dejaban de ser un pequeño sector que mantenía en alto su heroica tradición de lucha, que constituían un factor permanente de agitación, pero que por sí solos, muy poco o nada podían hacer.

Estábamos de acuerdo y teníamos conciencia de que era necesario para destruir la tiranía, poner en marcha el movimiento de masas, pero, con los antecedentes expuestos ¿cómo lograrlo? Por aquellos tiempos Fidel decía: “Hace falta echar a andar un motor pequeño que ayude a arrancar el motor grande.”

Ya Fidel lo tenía decidido: el motor pequeño sería la toma de la fortaleza del Moncada, la más alejada de la capital, la que, una vez en nuestras manos, echaría a andar el motor grande, que sería el pueblo combatiendo, con las armas que capturaríamos, por las leyes y medidas, o sea, el programa que proclamaríamos. Sólo había una parte débil del plan: si fallábamos en la toma del cuartel, todo se vendría abajo. Una cosa dependía de la otra, el motor grande del pequeño; pero era una posibilidad, y detrás de ella nos lanzamos.

Se escogió el 26 de julio, domingo de Santa Ana, porque, como es sabido, durante esa fecha se encuentran en su mayor auge y desenvolvimiento los carnavales de Santiago de Cuba. [. . .]

De todos los recursos económicos con que contaríamos dependían en buena medida los efectivos militares de que dispondríamos, y por lo tanto, la suerte de la operación. Desgraciadamente se reunieron sólo unos veinte mil pesos, después de muchos sacrificios basando tres ejemplos, por citar compañeros caídos, de cómo se consiguieron: Elpidio Sosa, vendió su empleo y se presentó ante Fidel con trescientos pesos "para la causa"; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida, y Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; y así sucesivamente. Es fácil imaginarse cómo se recaudaron los fondos, entre los que lo dieron todo y muchos después la vida. No hay con qué medir la distancia que separa la actitud patriótica y honrada de estos muchachos de la juventud cubana, con la de aquellos políticos que se gastaban millones en sus campañas electorales y no eran capaces de dar un centavo para liberar la patria. Y no creo que sería porque tendrían la seguridad de que también nos íbamos a liberar de ellos, porque entonces, ni ellos, ni mucho menos "su enemigo" Batista y el imperialismo, se imaginaban lo que vendría después.

Con tan reducidos recursos no eran muchas las armas, ni mucho menos, de calidad que pudiéramos conseguir.

Dirigidos por Fidel, funcionaba un pequeño Estado Mayor, compuesto por Abel Santamaría, que era nuestro segundo jefe, José Luis Tasende, Renato Guitart, Antonio López Fernández (Ñico), Pedro Miret y Jesús Montané, de los cuales sólo Fidel y los dos últimos viven aún. Ñico López murió en el desembarco del "Granma", tres años después.

Entre esos compañeros eran distribuidas las tareas principales. Cada cual desarrollaba sus planes y exclusivamente conocía su tarea. Los demás hombres se agrupaban en células que venían a ser algo así como una escuadra de 7 hombres, después en grupos que comprendían varias escuadras y así sucesivamente.

Duras fueron las condiciones de trabajo en medio de tales circunstancias y no menos duras fueron las condiciones creadas por la hostilidad, humillaciones, subestimación, desprecio y burla que padecíamos en aquel ambiente de la "oposición a Batista", que no se sabe a quién le hacían más oposición, si a Batista o a los que de verdad trabajaban honradamente por hacer algo contra Batista. Aunque el pueblo y casi toda la juventud había estado perdiendo la fe en ellos, aún había muchos "jefazos" llenos de la "dignidad del quietismo", muchos altaneros que nos miraban por arriba de los hombros, sobre todo a Fidel, muchos vanidosos y estrategias tomadores de café en conocidos restaurantes, los que sobre las servilletas que les entregaban

para limpiarse la boca, trazaban los planes y las soluciones de los males de Cuba, todo sobre la base no muy bien disminuida, de sus futuras y personales aspiraciones.

Pero siguieron los planes adelante haciendo caso omiso a esas pequeñeces de los que, con el fragor de la lucha, la caída de Batista y el advenimiento de la revolución, se desmoronarían sus pedestales de barro y serían incapaces de soportar, comprender, y mucho menos asimilar la tempestad revolucionaria que en el transcurso de los próximos años los abatiría a todos en nuestro país: a ellos, pseudo-revolucionarios, a Batista y al imperialismo. Perder la oportunidad y el camuflaje que nos brindaban los carnavales santiagueros, equivalía a tener que esperar otro año o intentar una movilización semejante, que no hubiera pasado inadvertida a los ojos alertas de la dictadura, en una ciudad pequeña como Santiago, si no es con la justificación antes mencionada. En Santiago, sólo se contaba con el joven Renato Guitart. Era suficiente, por ahora. Para los trabajos a realizar allí se alquiló una pequeña finca con el pretexto de una pollería (hoy en la actualidad es una pollería de verdad) por la carretera que va de Siboney a Santiago, a unos 15 minutos en automóvil del último punto, donde se iban recibiendo y guardando en un pozo abandonado las armas que llegaban de La Habana, por las más diferentes vías y métodos.

En esta misma finca nos reuniríamos la víspera del ataque para recibir las armas, los uniformes y las últimas instrucciones.

Durante la noche del día 25 de julio, con el pueblo de Santiago de Cuba en medio de las calles, celebrando sus fiestas tradicionales, iban los combatientes que salían de los hoteles, donde se habían hospedado y casas previamente alquiladas, marchando en pequeños grupos, en automóviles, hacia la "pollería" en la carretera de Siboney. A media noche estábamos todos reunidos en la pequeña casa de madera con piso de mosaico, con la excepción de las disimuladas postas que mantenían la vigilancia y protección del lugar.

Nos vestimos con los uniformes militares, idénticos a los del ejército de la tiranía, camisa y pantalón color amarillo, gorra de visera del mismo color, algunos con la corbata reglamentaria para este tipo de uniforme. Vestíamos igual que ellos para aumentar la confusión del enemigo; lo único que desentonaba con aquella indumentaria militar, casi perfecta, eran los escopetones con perdigones o los pequeños rifles calibre 22, idénticos a esos que se utilizan en los salones de tiro al blanco, existentes en algunas ciudades.

Una vez listos, desenvueltos estos últimos minutos dentro del más riguroso silencio, en voz baja Fidel nos expuso el plan, en sentido general, y las tareas específicas a los diferentes grupos que tenían que cumplirlas.

En su discurso frente al tribunal que lo juzgara más tarde, declaró textualmente:

“La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto, igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m. tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal: la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable, se extravió a la entrada de la ciudad, y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras (Mario Muñoz, Haydée Santamaría y Melba Hernández, *N. del A.*); Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de 8 que forzó la posta 3. Fue aquí precisamente, donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior, armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres que, al verse extraviados, sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.”

Sigue expresando Fidel: “Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues 20 segundos antes ó 20 segundos después no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento que, de otro modo, habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos”.

Al día siguiente del ataque al Moncada, Batista habló a la nación desde La Habana. Meses después durante la denuncia de Fidel

ante el tribunal que lo juzgara, preguntaba: “El 27 de julio, en su discurso del Polígono Militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 32 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaban 50.”

Aquella mañana del 26, el primer prisionero asesinado por la espalda fue nuestro médico Mario Muñoz, aunque la verdadera matanza de prisioneros no empezó hasta las tres de la tarde, hora en que llegó de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército, del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que “era una vergüenza y un deshonor para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar 10 prisioneros por cada soldado muerto”; orden que inmediatamente empezaron a cumplir con todos los que iban cayendo prisioneros [...]

El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel; sesos y cabellos humanos chamuscados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre.”

El 21 de septiembre se inició la primera sesión del juicio en el mismo Palacio de Justicia, que dos meses antes, había tomado yo con una escuadra de combatientes.

Habíamos más de un centenar de acusados, sentados en el banquillo entre combatientes, sospechosos y líderes políticos de diferentes partidos que, intencionadamente, fueron detenidos e introducidos en el proceso por orden expresa del gobierno. Entre ellos se destacaban Lázaro Peña y Joaquín Ordoqui. Otros acusados, como Juan Marinello, no pudieron ser detenidos.

Durante todo ese tiempo, a Fidel lo habían mantenido incomunicado, separado de nosotros.

Fue el primero en declarar, por espacio de dos horas, al día siguiente. Autorizado por el tribunal a ejercer su propia defensa, ocupó un lugar entre los abogados defensores, y sus interrogatorios a los testigos, que desfilaban frente al tribunal, ya iba poniendo en claro algunos de los asesinatos; por lo que, violando abiertamente las órdenes del tribunal, el coronel Chaviano no lo volvió a presentar a juicio público. De ese modo fue desenvolviéndose en las sesiones sucesivas sin la presencia de Fidel.

Siguiendo su ejemplo, cerca de 30 acusados utilizamos el banquillo como tribuna de denuncia y, después de aceptar nuestra responsabilidad, íbamos señalando uno por uno todos los asesinatos y la forma en que fueron torturados nuestros compañeros. Al concluir

el juicio, con una derrota política para la dictadura, fuimos condenados los que nos declaramos culpables a penas de 13, 10 y 3 años de prisión. Unos días después, fuimos remitidos por avión al reclusorio nacional de Isla de Pinos. En Santiago quedaba Fidel comunicado, el que días más tarde, a mediados de octubre, sería juzgado en juicio a puertas cerradas en un cuarto del Hospital Civil, en el que como único público tendría a los numerosos soldados que le servían de escolta.

En esa oportunidad y haciendo uso de la palabra en su condición de abogado que asumía su propia defensa, pensando que jamás el pueblo se enteraría de lo que allí decía, lo dejaron hablar libremente. Pronunció un valiente discurso que constituyó un formidable alegato y, como suele suceder en estos casos en que la razón la ponen en el banquillo de los acusados, se convirtió en el acusador.

El ataque al Moncada no era una acción encaminada solamente al derrocamiento de la tiranía, ni mucho menos independiente de la situación económica y social que padecía nuestro país.

Precisamente se apoyaba en el repudio total a Batista, a su gobierno y a lo que éste representaba. Se acentuaba la crisis general de nuestra estructura semicolonial, el desempleo aumentaba; los trabajadores, los campesinos, todos los sectores populares de nuestro país, manifestaban gran descontento, del que no era ajena nuestra burguesía, como consecuencia del estancamiento económico que padecíamos, y la competencia ruinosa que hacían los voraces monopolios imperialistas yanquis, los que no se inquietaban demasiado por los descontentos de la burguesía, sabedores que ésta se encuentra paralizada por el temor que tiene, sobre todo en América Latina, a que la clase obrera y los campesinos encabezen la lucha patriótica y democrática y alcancen el poder. Los monopolios imperialistas yanquis confiaban en que en la crisis la burguesía nacional se pondría a su lado contra la soberanía y la independencia de la patria [...]

En medio del silencio absoluto se escuchaba con fluidez la palabra de Fidel. ¡Qué lejos de imaginarse estaban entonces aquellos jueces y soldados de que aquellas palabras de un prisionero, que estaba siendo juzgado en forma secreta como para que nadie se enterara de lo que allí se decía, años más tarde, para bien del pueblo, se convertirían en leyes de la nación!

“Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito —subrayó Fidel— eran de orden social, porque teníamos la seguridad de contar con el pueblo. . . Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograr-

lo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito, es hacer, precisamente, lo que nadie hace, es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos de profesión obran a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos.

“Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria, en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión, si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrono a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo, porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de luchar y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: «Te vamos a dar», sino: «¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!»

“Quizás luzca fría y teórica esta exposición si no se conoce la

espantosa tragedia que está viviendo el país en estos seis órdenes, sumada a la más humillante opresión política.

“El 85 por ciento de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indies unen la costa norte con la costa sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y la prosperidad de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?”

“Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, y exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados [...].”

“Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba doscientos mil bohíos y chozas; cuatrocientas mil familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones; cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; dos millones doscientas mil personas de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y dos millones ochocientas mil de nuestra población rural y suburbana, carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta; después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie; otro tanto hace el monopolio eléctrico; extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz...” “El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro, que como aquél del Antiguo Testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República sólo tienen solución si nos dedicamos a luchar

por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla [...].

[...] “Un gobierno revolucionario, después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado.

“Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el 50 por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva en su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual [...].”

Fidel resumía en sus conclusiones: “El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, juntos con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.”

El programa de los combatientes del Moncada, con los reajustes necesarios que el desarrollo del proceso revolucionario nos impuso una vez en el poder, está siendo aplicado en su totalidad y los frutos rápidamente obtenidos están a la vista de todos.

Echando un vistazo hacia atrás, comprendemos que nuestra revolución ha avanzado más rápidamente de lo que todos nosotros calculamos. El decadente imperialismo yanqui no tardó en abrirnos algo con todos los recursos de su inmenso poderío, en escala cada vez más violenta; el pueblo cubano, que recuerda con tristeza el pasado, admira el presente de progreso que ha de conducirlo a un

futuro plenamente feliz, aferrado con firmeza a sus conquistas, luchando y dispuesto a luchar con toda la tenacidad que fuera necesario. "Sorprendido por un flanco —como dijera Fidel— en la guerra abierta que el imperialismo nos ha decretado, nuestro pueblo, por salvar su revolución, se ha visto obligado, frente a cada golpe, a contraatacar con otro golpe, y frente a cada agresión, a dar un paso al frente, por lo que «gracias al imperialismo», en un breve periodo de dos años, con rapidez incalculable, al reivindicar la plena soberanía nacional, nacionalizar las empresas y latifundios yanquis y liberarnos del monopolio del comercio exterior norteamericano, cumplíamos a cabalidad la tarea nacional-liberadora de la primera etapa de nuestra revolución." [...]

Con la reforma agraria, eliminando el latifundismo y entregando la tierra a los campesinos obreros agrícolas, concluimos la tarea antifeudal y democrática de la revolución [...]. Con la nacionalización de las grandes empresas nacionales, la revolución entra definitivamente en la etapa socialista. Así, cuando en la tarde del 16 de abril de 1961, Fidel proclamó el carácter socialista de la revolución, no había hecho otra cosa que ponerle el nombre a un niño que ya había nacido.

El ataque al Moncada falló y el motor pequeño en ese momento no pudo echar a andar al grande. No pudimos vencer de entrada y fueron prolongándose los años de lucha, que resultaron de vital importancia para forjar bajo el fuego a la nueva generación, de donde surgirían probados y valiosos cuadros. Un año después del Moncada caía abatida por el imperialismo la Guatemala progresista de Jacobo Arbenz. Entre tanto los años mencionados fueron fortaleciendo paulatinamente a los países amantes de la paz y del campo socialista, encabezados por la poderosa y fiel amiga Unión Soviética, haciéndose aún más favorable la correlación de fuerzas internacionales para la victoria contra el imperialismo. Si no fuese así, si no pudiéramos contar con la ayuda de esas fuerzas, el imperialismo hubiera hecho pagar a nuestro pueblo un río interminable de sangre, por haber tenido la audacia de sublevarse contra la explotación.

Para llegar a nuestros días, fueron de vital importancia los resultados históricos de aquel fracasado ataque al cuartel Moncada: en primer lugar, inició un periodo de lucha armada que no terminó hasta la derrota de la tiranía.

En segundo lugar, creó una nueva dirección y una nueva organización que repudiaban el quietismo y el reformismo, que eran combatientes y decididas y que en el propio juicio levantaban un programa con las más importantes demandas de la transformación económico-social y política exigida por la situación de Cuba y que, como consecuencia, rechazaban el plattismo de los viejos dirigentes que fueron dejados atrás, perdiendo influencia entre las masas.

En tercer lugar, destacó a Fidel Castro, como el dirigente y or-

ganizador de la lucha armada y de la acción política radical del pueblo de Cuba.

Y en cuarto lugar, sirvió de antecedente y experiencia para la organización de la expedición del "Granma" y la acción guerrillera de la Sierra Maestra.

Fidel no se eleva a la dirección nacional de Cuba sólo porque demostrara valor y arrojo, firmeza y decisión en la organización del asalto al cuartel Moncada, sino porque expuso, junto a eso, el programa de la patria, el programa del pueblo. Y no sólo expuso ese programa sino que demostró la voluntad de realizarlo y enseñó el camino para conquistarlo.

Si Carlos Marx dijo de los comuneros de París "que intentaron tomar el cielo por asalto", del ataque al Moncada por varias docenas de jóvenes armados con escopetas de matar pájaros, alguien debiera decir que "trataron de tomar el cielo por sorpresa". Años después, en el "Granma", vendría de nuevo el motor pequeño; habían madurado más las condiciones; no volvimos a confiarnos a los resultados exclusivos de una acción, haciendo depender los demás planes de los resultados de aquélla, sino en forma tal, que uno o varios fallos no hicieran fracasar la empresa. Y a pesar de los primeros y serios reveses que sufrimos los expedicionarios del "Granma" al inicio de la lucha guerrillera, la tenacidad y firmeza de Fidel al inculcarle a los pocos y primeros combatientes la idea de no darnos nunca por vencidos, mantuvo las guerrillas durante los primeros tiempos, logró el apoyo de los campesinos y los obreros agrícolas primero, de la clase obrera y el resto del pueblo después. Todo esto constituyó el motor grande que hizo caer a la tiranía e iniciar la revolución. No fue aquella mañana de julio de 1953, sino el primero de enero de 1959, cuando con una base firme, iniciamos la conquista del cielo, aquél que para un... marxista-leninista, se conquista aquí en la tierra: el progreso, el bienestar y la felicidad de nuestro pueblo.

El 26 de julio se prolonga en el "Granma", en la Sierra, en el llano; se materializa en enero de 1959, en el 17 de mayo de la reforma agraria, en la reforma urbana, en los cuarteles transformados en escuelas, en la nacionalización de los pulpos de la electricidad y los teléfonos, los bancos, los centrales azucareros y demás grandes industrias y empresas del país, lo que permitió a la revolución tomar en sus manos todos los principales resortes de nuestra economía, medida elemental para fortalecernos y seguir avanzando en medio de las circunstancias que nos rodean. Se enlaza y se continúa con la Declaración de La Habana, con la victoria de Playa Girón y con la proclamación del carácter socialista de nuestra revolución, que realiza en nuestra querida tierra cubana el más alto y querido ideal de la sociedad humana: ACABAR CON LA EXPLOTACIÓN DEL HOMBRE POR EL HOMBRE.